PROYECTO DE LEY

EL SENADO Y LA HONORABLE CÁMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES SANCIONAN CON FUERZA DE

L E Y

ARTICULO 1: Declárase Patrimonio Cultural Inmaterial de la Provincia de Buenos Aires en los términos de la ley 15.395; **la Obra de Astor Pantaleón Piazzolla,** cuya trayectoria como músico, compositor, director orquestal e intérprete, le valieron el reconocimiento y fama mundial, tanto para él y el Tango, como para la República Argentina.

ARTICULO 2: Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dip. JOSÉ IGNACIO "COTE" ROSSI
Frente de Todos
H.C. Diputados Pcia. de Bs. As.

Fundamentos

Sr. Presidente

A un siglo de su nacimiento, la Obra de Piazzolla ha recorrido el mundo entero. Bien podría considerársela patrimonio mundial de la UNESCO. De forma más modesta, con el presente proyecto buscamos declararla Patrimonio Inmaterial de nuestra Provincia.

En una nota poblada de anécdotas y datos curiosos, quizá más atractivos que la frialdad estadística, Miguel Frías nos cuenta que hace un siglo, el 11 de marzo de 1921, Vicente Piazzolla y Asunta Manetti tuvieron el día más feliz de sus vidas: ese viernes, en Mar del Plata, nació su único hijo, al que marcaron con el deseo paterno desde el nombre: Astor, por Astore Bolognini, violonchelista amigo de Vicente, y Pantaleón, por el padre de Vicente. Ambos, Astor y Vicente, iban a ser célebres: Astor, un genio de la música universal; Vicente, el inspirador, tras su muerte, en 1959, de una obra maestra, una de las composiciones más bellas y conmovedoras –en cualquiera de sus versiones– de su hijo: Adiós Nonino.

Astor Piazzolla había nacido con pied bot, el pie derecho torcido hacia adentro y hacia abajo. Tuvieron que operarlo, a partir de los dos años, varias veces, en el Sanatorio Marítimo de La Perla. Los Piazzolla vivían en una casa de dos plantas en Rivadavia 2527 y tenían una bicicletería en Colón e Independencia. La familia, de origen italiano, era grande. Sobre todo los Manetti, que en las reuniones tocaban el acordeón y la guitarra con Vicente, fanático de las motos.

En 1922, Carlos Gardel, ídolo de Vicente, llegó a Mar del Plata –una villa balnearia elegida por la aristocracia como lugar de descanso– por cuestiones turfísticas. Perdió apostando a su yegua La Paisanita. Y visitó a los hermanos de Asunta en la quinta de los Manetti, en Independencia entre Matheu y Formosa, cerca la bicicletería de los Piazzolla.

Entre el 29 de septiembre y el 1 de octubre de ese año, se presentó en el Teatro Odeón de Mar del Plata, con José Razzano y otro músico uruguayo, Mario Pardo. Vicente

fue a escucharlo, con su esposa y su hijo, de apenas año y medio. Los destinos de Gardel y los Piazzolla iban a entrelazarse más de una década después en los Estados Unidos.

Vicente, de un metro noventa, delgado y fibroso, era un hombre de acción y un nostálgico. Como todos, imaginaba que la vida era mejor en otra parte. En 1924, decidió probar suerte en Nueva York con su familia.

Primero recalaron en Nueva Jersey, donde los recibió un familiar de Asunta. Finalmente, ya en Manhattan, se instalaron en el East Village, en 8 Saint Mark's Place, sobre un salón de billares, cerca del bar Orpheum, donde tocaba Gershwin o cantaba Sophie Tucker. Una zona de artistas, bohemios, pandilleros e inmigrantes proletarios.

"El se crió en esas calles y tuvo influencias distintas que las de otros tangueros. Su background eran el jazz, las grandes orquestas, y la música clásica que le enseñaron sus primeros maestros en Nueva York", opina Pipi Piazzolla, nieto de Astor, músico, baterista del sexteto Escalandrum.

Vicente consiguió trabajo en una peluquería regenteada por un gánster, con clientes vinculados al submundo del hampa. En el fondo del local se levantaba juego. Asunta se iba formando en cosmética.

"La mamá de Astor fabricaba cremas faciales; se llamaban Beauty Face. Cuando atendía a sus clientas, Astor, que ya crecía como un chico pícaro, se ponía debajo de la mesa para mirarles las piernas", agrega, desde Italia, Laura Escalada, viuda de Piazzolla y presidenta de la Fundación Astor Piazzolla.

Pero Asunta no sólo fabricaba productos de belleza. En plena Ley Seca, ella y Vicente destilaban whisky en la bañera de su casa y lo distribuían en moto: él al comando, las botellas en el sidecar, tapadas, con el pequeño Astor encima.

Alguna vez Piazzolla le contaría esta anécdota y muchas otras a su hija Diana, para un libro que ella escribió. Daniel Ronsenfeld recuperó aquellos audios en un documental formidable: Piazzolla, los años del tiburón.

A los Piazzolla no les sobraba ni les faltaba nada; Astor se sentía deslumbrado y estimulado por ese ambiente. A pesar del problema en su pierna derecha, su padre le regaló un par de guantes de boxeo y lo anotó en un gimnasio. Le dijo que aprendiera a

pegar primero y supiera defenderse. Y aprendió: su zurdazo demoledor le hizo ganarse respeto y un apodo, Lefty.

Hizo boxeo en el gimnasio de Tony Canzoneri, en el que entrenaba Jack LaMotta, el Toro Salvaje, quien luego sería un legendario campeón mundial. La mitología (o, quién sabe, la verdad) sostiene que los jóvenes Piazzolla y LaMotta combatieron un round, y que Astor supo que era mejor ser músico.

Mientras el matrimonio Piazzolla se ganaba la vida con esfuerzo, Astor soñaba con tocar la armónica. El tango, que sonaba en su casa, no estaba en su registro; o lo estaba de un modo negativo.

Rosenfeld cuenta: "En una grabación que quedó afuera de mi película, Piazzolla dice: 'El tango no me gustaba porque hacía llorar a mi papá'. Me impresionó pensar que ese chico se convirtió en un hombre que luchó siempre por cambiar el tango".

En 1929, Vicente vio un bandoneón usado en una casa de empeños. Sintió que era una señal. Decidió regalárselo a su hijo, que estaba por cumplir ocho años. Le preguntó al vendedor si se lo había comprado a un argentino. El vendedor le dijo que en su negocio todos lloraban sus problemas, pero que al final aceptaban el dinero y que él se enfocaba en el comercio. Vicente se llevó aquel bandoneón con incrustaciones en nácar, en un estuche, por 19 dólares.

"Astor se desilusionó mucho cuando vio ese artefacto que no asoció con nada. Quería una armónica. El padre le explicó que con ese instrumento se tocaba tango; le puso unos discos. Pero aquel bandoneón diatónico, para chicos, no despertó, al principio, demasiada atención en Astor", cuenta Escalada.

Vicente le insistió para que estudiara, pero en Nueva York era muy difícil, casi imposible, encontrar un profesor de tango para su hijo. Con el tiempo, Vicente recurrió a Andrés D'Aquila, un músico amigo suyo, aunque todavía no eran tiempos de acercamiento entre Astor y el tango, "esa música triste, llena de nostalgia, que mi padre ponía en la victrola, y a través de la que conocí a Julio De Caro, a Pedro Maffia, a Carlos Gardel", iba a decir él en un futuro lejano.

Tras el crac del 29, en medio de la Gran Depresión, los Piazzolla regresaron a Mar del Plata en 1930. Vicente instaló, en Moreno e Independencia, la peluquería Nueva

York. A Astor, que hablaba un castellano extraño, le costó adaptarse. Empezó a estudiar en la Academia Dans. Tomó clases de bandoneón con los hermanos Libero y Homero Pauloni, con los que tocaba Mozart, Bach, Schumann, o música popular.

Al poco tiempo, Vicente decidió regresar a Nueva York. La familia volvió a mudarse: se instaló en 313 East 9th Street, una zona conocida como Little Italy.

Vicente retomó el trabajo gracias a la protección de Nicola Scabutiello, dueño de una importante peluquería y billares clandestinos. Astor volvió a sus estudios en la Escuela Pública 92, pero su carácter díscolo, camorrero, indómito, hizo que al poco tiempo lo echaran, como de otros colegios.

En 1933 tomó clases de bandoneón con un vecino húngaro, Bela Wilda, pianista discípulo de Rachmaninov. Wilda tenía un piano de cola y dinero para cigarrillos Camel y poco más. Los Piazzolla tampoco tenían mucha plata. Así que Asunta le pagaba las clases a Wilda haciéndole un servicio de manicura y cocinándole pastas. A cambio, el pianista le transmitió a Astor el amor a Bach e, involuntariamente, el hábito de fumar.

Astor también estudió con Terig Tucci y trabajó para la radio WMCE. Pero la calle era su lugar y la transgresión su norma. Jugaba al pase inglés, hacía bromas pesadas, peleaba. Con algunos amigos recorría Harlem: iban a bares nocturnos como el Cotton Club, a los que no los dejaban entrar por ser menores de edad, pero se quedaban escuchando desde afuera; por ejemplo, a Cab Calloway y a orquestas de jazz afroamericanas.

La obsesión con la armónica se mantenía intacta. Un día, con su mejor amigo, Willy Stanley, decidieron robarse una Hohner cromática, grande, dorada, carísima, de la tienda Macy's. Urdieron un plan y lo llevaron a cabo. Una vez afuera, cuando ya saboreaban el logro, los detuvo una policía alta y pelirroja, de la que lograron zafarse luego de haber perdido la armónica.

"Ese ambiente callejero me dio la dureza y la resistencia necesarias para enfrentarme al mundo y, sobre todo, a los escándalos que, veinticinco años después, iba a desatar mi música", le dijo al diario El País, de Montevideo, en 1988, cuando ya había

hecho la revolución y enfrentado a la ortodoxia tanguera argentina, más allá de sus problemas de salud, incluido el infarto de 1973.

"Fumaba muchísimo y su carácter ansioso le jugó en contra. Pero tenía una fuerza y una potencia increíbles. Se sobreponía a todo. Yo nunca lo vi renguear. Daba los conciertos de pie, parado sobre una pierna", recuerda Pipi.

Un encuentro mitológico:

El 28 de diciembre de 1933, Gardel desembarcó del buque Champlain en Nueva York. Iba a participar en programas radiales de la NBC y a firmar un contrato con la Paramount para una nueva película. Al enterarse, Vicente se pasó dos noches sin dormir tallando en madera un gaucho con un bandoneón.

Remató su artesanía con una dedicatoria al pie: "Al gran cantante argentino Carlos Gardel, Vicente Piazzolla". Se la entregó a su hijo y le dio las instrucciones: que llegara hasta Gardel, que le diera la escultura, que le contara que tocaba el bandoneón y lo invitara a comer pastas a la casa.

Gardel se hospedaba piso 18 del edificio Beaux Arts, en la calle 44, junto a Alfredo Le Pera y Alberto Castellano. Astor llegó una mañana hasta la entrada, pero no lo dejaron pasar. Trepó por una escalera de emergencias; buscó, hasta que estuvo frente al ídolo de su padre.

"La primera imagen que tuvo Astor fue la de Gardel con la cabeza engominada, de entrecasa, con una bata de pintitas blancas y azules –dice Escalada–. Fue un encuentro mágico. Gardel aceptó el regalo con mucho gusto y, después de conversar con el chico, que hablaba perfectamente inglés, le pidió que lo acompañara en sus recorridas por Nueva York. Gardel vestía muy bien, le gustaba comprarse ropa en grandes tiendas; Astor no sólo iba a ser su guía en la ciudad: hasta le explicó, a pedido de Gardel, qué piropos tenía que decirles a las chicas que se acercaban a esperarlo a la salida de la Paramount."

Aquel encuentro, en el que desayunaron café con leche y un budín con pasas que Gardel mandó a comprar, fue el primero de una serie inolvidable para Astor. Más

adelante, Gardel lo invitó a comer al restaurante italiano Santa Lucía. Astor notó que se quejaba por la falta de buñuelos; astuto, le dijo que los de su madre eran exquisitos y lo invitó a su casa. Gardel fue. Asunta le preparó buñuelos y también ravioles.

"En un momento, en casa de los Piazzolla, el padre de Astor le dijo a Gardel, con mucho orgullo: 'Mi hijo toca el bandoneón'. Y el chico tocó, pero no un tango sino una obra clásica. Gardel, desconcertado, le elogió la técnica, pero le dijo que tocaba el bandoneón como un gallego, como sinónimo de extranjero. Le faltaba el tango", afirma Escalada.

En 1935, Gardel le propuso a Astor que hiciera un papel de extra en El día que me quieras, para la Paramount. Astor, que cobró 25 dólares, hizo de canillita. La secuencia, breve, reunió a dos personajes mitológicos; uno que estaba por irse y otro por surgir. Todo terminó en un asado en el que interpretaron, por única vez, música juntos. Tiempo después Gardel le mandó las fotos de la película a Vicente, dedicadas.

Gardel se fue de Nueva York. Astor siguió estudiando, estimulado o presionado por su padre. "A las 8.10, 8.15 de la noche, Vicente llegaba de la peluquería. Antes de comer, me pedía que tocara el bandoneón, lo que hubiera aprendido con los maestros. Cuando lo hacía, él creía que yo era Bach. Se emocionaba, se volvía loco", le contó Astor, ya Piazzolla, a su hija Diana.

Faltaba el último capítulo de su historia gardeliana. Los telegramas que Gardel le envió, invitándolo a que lo acompañara de gira. No lo dejaron ir. El 24 junio de 1935, Gardel se mató en un accidente de avión en Medellín.

Mucho después, Astor le escribió: "Jamás olvidaré la noche en que ofreciste un asado al terminar la filmación de El día que me quieras. Fue un honor para los argentinos y uruguayos que vivían en Nueva York. Recuerdo que Alberto Castellano debía tocar el piano y yo el bandoneón, por supuesto para acompañarte a vos cantado. Tuve la loca suerte de que el piano fuera tan malo que toqué solo y vos cantaste los temas de la película. Qué noche, Charlie. Allí fue mi bautismo con el tango. Primer tango de mi vida y acompañando a Gardel".

Y siguió: "Al poco tiempo te fuiste con Le Pera y tus guitarristas a Hollywood. ¿Te acordás que me mandaste dos telegramas para que me uniera a ustedes con mi

bandoneón? Era la primavera del 35 y yo cumplía 14 años. Los viejos no me dieron permiso y el sindicato tampoco. Charlie, me salvé. En vez de tocar el bandoneón estaría tocando el arpa".

En una entrevista de 1968, contó que a mediados de los 50, D'Aquila le dijo que en el sótano de un negocio de Greenwich Village, Nueva York, había visto al gaucho tallado por Vicente, semichamuscado, con un cartel que decía Muñeco que perteneció a un cantor argentino. Costaba 20 dólares; no los tenía. Volvió al día siguiente y lo habían vendido.

"Es escalofriante pensar en las vueltas que pegó el muñeco. Se lo di Gardel, lo tenía en el avión de Medellín, se quemó parcialmente y alguien se lo robó. Viajó de Colombia a Nueva York, hasta un negocio cercano a lugar en donde mi papá lo talló. Como si hubiera querido volver al lugar donde había sido creado."

Scalada conoce esa anécdota, pero dice pero que no puede darle entidad, porque suena poco verosímil. "Es tan hermosa que merecería ser cierta", concluye. Después de todo, no es más extraña que el resto de lo que vivió Astor antes de convertirse en Piazzolla.

Por todo lo expuesto, solicito a los Sres. Legisladores acompañen con su voto la presente iniciativa.

Dip. JOSÉ IGNACIO "COTE" ROSSI
Frente de Todos
H.C. Diputados Pcia. de Bs. As.